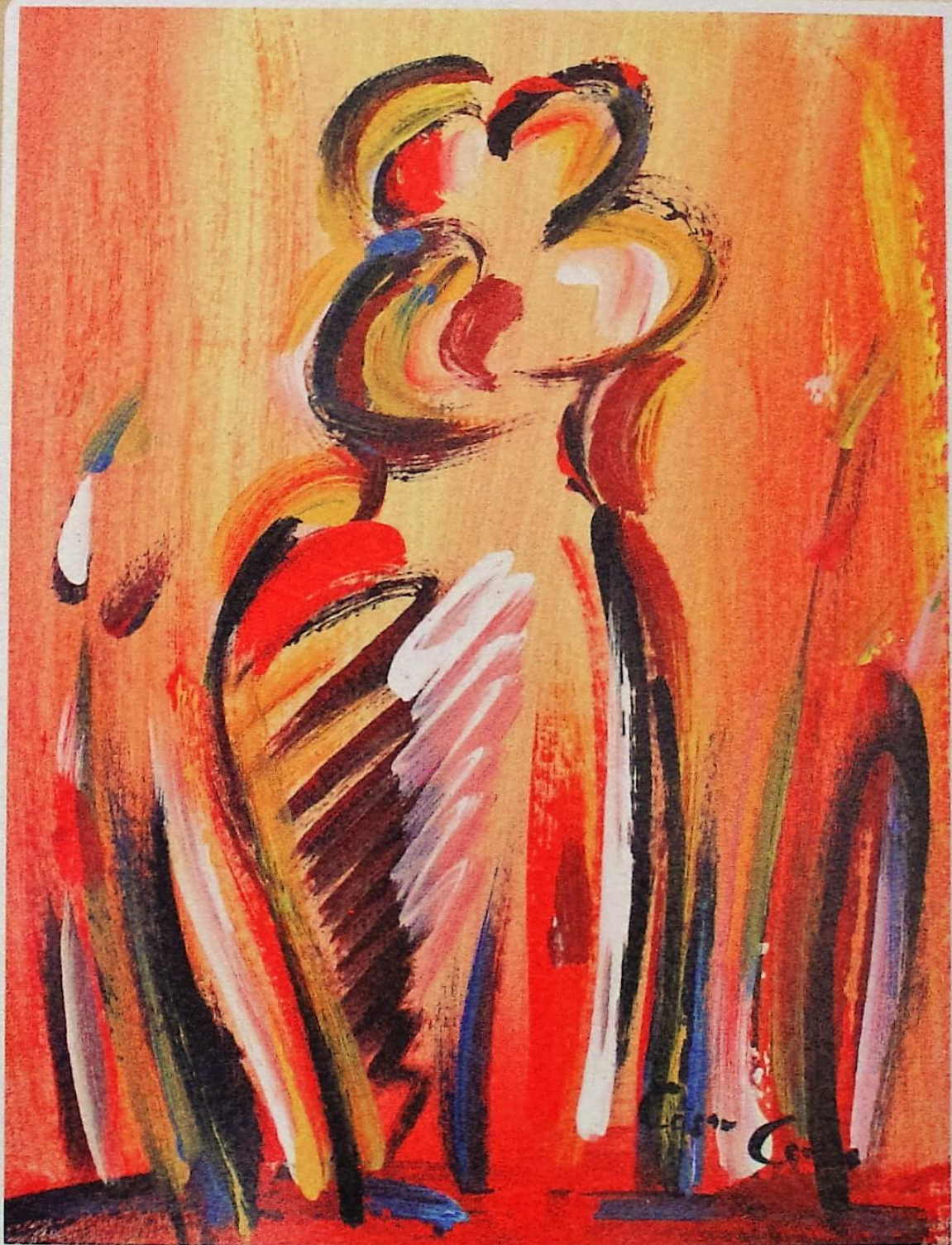


# *Diálogos*

*y algo más...*

*Maestros de la Dermatología Colombiana*



*César Iván Varela Hernández, MD*





**Antonio Barrera Arenales**  
**«El niño de las monjas», «Hormiguita»**

### *Clasificado I*

*Busco una piel de mujer:  
Blanca o morena,  
No importa el color.  
Tibia, aunque la prefiero ardiente.  
Que permita todas las caricias  
hasta que vuele en su goce  
y regrese libremente  
con presagios de otros viajes,  
para crear una nueva palabra  
que recree al amor.  
Que acompañe mi verso  
a una playa de sueños  
y de besos y lunas  
hablemos el mar.  
Que en las noches  
abrigue mil silencios  
y la vida se descifre  
al vivir su desnudez.*

*Busco tu piel ¡Para descubrirte!*

*Juan Jaime Atuesta Negret, MD  
Dermatólogo, Bogotá*

*Publicado en Poesía Intentos por  
Juan Jaime Atuesta Negret  
Bogotá 2004. Cedido por el autor*



Bogotá, 15 de noviembre de 2007

Editar las frases clásicas, los dichos y las expresiones del doctor Barrera sería injusto con él, y el lector perdería el gusto de imaginar escucharlo. Por ello, con la venia del lector recatado, casi todas ellas las transcribí y otras las abrevié.

Antonio, santandereano, nació en 1939 en San Andrés, cerca de Málaga, población de la Provincia de García Rovira, aquella famosa región donde, desde la Colonia, los españoles tuvieron notoria dificultad para someter a los indios guanes, y que después del mestizaje ganó fama de gente brava y aguerrida, por originarse allí la insurgencia comunera cuando la sed de libertad al colmar sus almas, jugó papel fundamental en el desarrollo histórico de la independencia granadina. Su madre, doña María Esther, murió joven a los cuarenta y dos años en el mismo pueblo durante el parto de su noveno hijo, y su padre don Lorenzo falleció a los ochenta y tres años, hace ocho. Todos sus hermanos nacieron en San Andrés y en la actualidad se dedican a la agronomía, la odontología, la educación, a disfrutar la jubilación o a los cuidados de sus hogares.

Dice Antonio: «Yo soy el más inteligente, el más buen mozo, el mejor parecido y de buena expresión, y por eso me tocó estudiar».

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

Hizo sus primeros estudios en la escuela del pueblo y pasó al Colegio de Miranda y a los diez años de edad estuvo «preso» durante un año en el internado del Seminario de los Hermanos Eudistas, consecuencia de lo dicho por un sacerdote: «Este muchacho sirve para arzobispo». Lo dejaron allí un 5 de febrero con la primera y última salida un 21 de noviembre. Anota: «Eso era impresionante, figúrese los primeros meses uno un pelao, interno, berreaba los primeros días, nunca había estado en un sitio de esos, al final me fui acostumbrando de tal manera que el día que me soltaron hasta guayabo me dio ¿Qué tal esa vaina, no? ¡El colmo!»

Pasó después a otro pequeño internado en Bucaramanga donde permaneció varios años, y en un colegio en Pamplona donde hacía parte del equipo de básquet de Santander, desempeñándose como armador por su baja estatura, y participó también en los equipos de voleibol y de fútbol. Él mismo dice que hizo parte hasta del «equipo del aguardiente». Más adelante se radicó en Bogotá al cuidado de sus tías, profesoras, donde terminó el bachillerato en 1957 en el Colegio Distrital.

El mismo año ingresó a la Facultad de Filosofía en la Universidad Nacional pero terminó en la Universidad de Santo Tomás. Hizo la licenciatura-

ra completa y ya avanzado en ella inició los estudios de medicina. La educación religiosa, un tío sacerdote con influencia en la diócesis bumanguesa y su gusto por la humanística, el conocimiento y la literatura lo llevaron a estudiar filosofía, pero le preocupaba «de qué iría a vivir». Su gusto por ella es tal que cuando estudiante de medicina continuó con la intención de hacer doctorado en filosofía en Salamanca, España, y para esto tomó materias del magíster que enriquecieron su cultura general. Su paso a la escuela tomística se debió a la amistad en la Universidad Nacional con dos sacerdotes que estudiaban psicología, uno coterráneo y otro chiquinquireño que llegó a ser rector de la Universidad, sumado a que su familia siempre quiso que fuera eclesiástico, al punto que un día lo llevaron ante el Obispo de Tunja para que conceptuara sobre su vocación por el celibato, pero ¡sorpresa! poco faltó para que Antonio hiciera renunciar a los hábitos a Monseñor.

Doctor Barrera: ¿De dónde nació la idea de estudiar medicina? Como la filosofía, también la medicina me gustó desde el bachillerato. Me presenté a la Universidad Nacional, estudié y me gradué el 3 de enero de 1973 (Foto 1). Algunos de mis profesores aún están por aquí; en El Bosque está el Profesor Erick Bozón, costeño, que era jefe de cirugía, Jaime Triana y Hernando



**Foto 1. Antonio Barrera. Grado de Medico. 1973**

Matiz que cuando llegó de Estados Unidos usaba un male-tincito y una chaquetita cortita que no le tapaba el «culo», hay que decir así, así se llama, es que casi todos los que llegaban de allá venían felices, llegaban con carro y en muy buenas condiciones, pero el

doctor Matiz fue creciendo poco a poco y mire dónde está, es un gran cardiólogo. Recuerdo cómo llegaron de crecidos los de Tulane a La Hortúa.

Una anécdota, cuando era estudiante por cierto muy aplicado y trabajador, no tan inteligente como en la práctica, el residente de tercer año le dijo al doctor Bozón: «Deje operar al estudiante Barrera que es muy aplicado, déjelo operar una hernia», de modo que me conseguí una paciente bumanguesa para una herniorrafia umbilical pero era muy gorda. El turno de cirugía en La Hortúa apareció así: Cirujano Barrera, ayudante Bozón y segundo ayudante Palacios, que era Profesor Instructor, imagínese como llegué a lavarme a la sala después de leer eso, creo que me cogieron la mano para hacer la incisión, estaba muerto del susto, no sé cómo operé esa hernia, pero la operamos. Al terminar el Profesor Bozón me dijo: «Si la deja infectar pierde el semestre».



Muy asustado fui a verla cada rato y la dejé internada cuatro días, se salvó la mujer y los familiares en agradecimiento me dieron \$150 con lo que pagué un mes de alquiler del apartamento.

En medicina interna hacíamos empatía con los pacientes, muchos eran campesinos y un día unos familiares me dijeron que eran cultivadores de habichuela, y se aparecieron al hospital con un bulto de ellas para dármelo de regalo, me escondí porque yo qué iba a hacer con todo eso. De La Hortúa me acuerdo de muchas anécdotas; por ejemplo, una huelga en la que se tumbó al ministro Arismendi Posada, a todos los decanos y al rector Carvajal Arjona y conservo la foto del periódico, quién lo creyera, en una marcha de batas blancas con saco y corbata llevando un estandarte. Eran marchas pacíficas, adelante iban unos costeños grandototes y cantando responsos porque se había enterrado la facultad de medicina, y en otra foto salí cargando el ataúd de la facultad, yo no sé porqué hacía eso, era el año 1968. Pero sí le dejo claro que siempre fui muy pacífico. Era la época del hipismo, tuve compañeros que entraban a cirugía con ese pelo largo y les ponían los gorros de mujer y no se incomodaban, algunos cirujanos no los dejaban entrar, ahora esos cuatro son famosos y buenos psiquiatras. Claro que en ese entonces teníamos que llevar corbata, los hippies



**Foto 2. Antonio Barrera. 1973**

con su pelo largo las usaban también pero no quisieron ir a la ceremonia de grado, y lo hicieron por ventanilla con botas largas y toda su típica indumentaria (Foto 2). Era también la época de los graffitis y los de los baños en la facultad eran monumentales. Recuerdo uno alusivo a la revolución cultural china y al comunismo: «Mao ama a Castro, Castroamamao» y otro que se me había olvidado y un día me fui a buscarlo nuevamente y libreta en mano lo copié: «En este lugar oscuro, todo rodeado de piedra dura, vi un día a mi pobre culo, derramar lágrimas de mierda pura».

El doctor Carlos Sánchez Gil fue nombrado como mi tutor pero nunca lo vi hasta que llegué a medicina interna, yo me callé la jeta y no le dije nada, me hice el pendejo. Una vez se discutió una paciente con problema respiratorio en medicina interna y como estudiante asignado recogí las radiografías y vi que se trataba de una tuberculosis, al regresar a la sala le dije: profesor resulta que la paciente tiene tuberculosis. Nos dijo a los estudiantes ¡vamos a verla! y me preguntó: ¿sabe usted que es tuberculosis? Claro profesor. ¿Y con qué se trata? Con isoniacida y rifampicina. ¿Y cómo viene eso, de qué color son las pepas, cómo son los empaques, de qué no se

qué y no se cuánto? Y yo, ni mierda, no sabía, claro me pegó una apabullada y un regaño delante de todos al punto que mi compañero Camilo Albornoz, hoy Profesor de cirugía pediátrica le dijo al profesor: «Usted como que le tiene ojerriza al compañero Barrera». Pero al final hice buena relación con él.

¿Qué recuerda de su paso por dermatología cuando estudiante de medicina? Estaban el gran Guillermo Gutiérrez Aldana y uno pequeñito Alfonso Gamboa Amador que hablaba siempre de sífilis. La rotación por dermatología era corta, nos daban clases de venéreas, nos llevaban al Carrión donde estaba el Pabellón del Museo de Cera, veíamos también úlceras y leishmaniasis y ayudábamos a curar a los enfermos, pero en esa época no me parecía nada llamativo.

Durante la carrera roté en los hospitales La Misericordia, La Hortúa y en el Hospital Infantil Lorencita Villegas de Santos. Ya no se hacía tesis de grado, sino que se hacía internado. El mío fue en la Clínica San Pedro, en el Lorencita y en la Clínica Bejarano. En todos con un porcentaje alto en pediatría.

Doctor Barrera: ¿Cuál fue esa curiosa relación suya con el microscopio? Sin duda tengo algo válido para la historia. Durante la facultad estu-

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

dié las placas de patología en La Salle con Manuel Benítez del Hierro que es ahora neuropediatra, pero yo de esa vaina nada. Pasé raspando patología general con 3.1 y patología especial con 3.2 y eso que me ayudó mucho el Profesor Lichtenberger. En realidad yo le cogí terror al microscopio y al terminar la rotación dije estas palabras «¡Nunca más en mi p... vida un hijue... microscopio!» Pero vea la gran ironía ¡me hice dermatopatólogo! También es válido que cuando terminé medicina dije: «Me voy a hacer el rural y me voy a quedar por allá, la mejor especialidad de la medicina es la ganadería, yo no sirvo para la investigación, ni para la docencia» y máxime cuando en esa época el médico del pueblo la pasaba muy bien. Y vea lo que ocurrió, ¡terminé haciendo especialidad, sub-especialidad, trabajando en docencia, en investigación y claro siempre con un microscopio haciendo dermatopatología! ¡Huepuerca, eso no tiene comparación, son curiosidades de la vida!

¿Recuerda la fiesta de culminación del internado? Claro, todo el grupo de amigos del internado estábamos ennoviados de modo que hicimos una fiesta en el noveno piso del Seguro Social, y estuvo por supuesto Nancy mi novia que con Vicky y Claudia de Colombia conformaban el Club del Clan, famoso grupo de canto de la década de 1970. Ellas nos amenizaban las fiestas, Nancy

siempre me cantaba Amada Amante y Pablito Archila tocaba el acordeón. Todas las novias lloraban y decían: «Esos hijuemadres se van al rural y nos van a dejar», pero Nancy les daba ánimos, y fíjese, hoy todos estamos casados con ellas (Foto 3).



**Foto 3. Nancy y Antonio. Matrimonio. 1975**

El joven médico Antonio Barrera hizo el año rural en Oiba, población situada en Santander entre Barbosa y El Socorro. Vivió en el hospital que estaba al cuidado de las Siervas del Santísimo de Medellín, y era llamado «el niño de las monjas» pues fue muy querido por ellas. En general le fue bien desde el punto de vista profesional y gozó del aprecio de los pobladores. El primer día que llegó al hospital, un domingo, le tocó despedir rápidamente a sus hermanos que lo habían llevado hasta el pueblo, pues lo esperaba una señora embarazada a la que el novato médico rural le diagnosticó trabajo de parto con expulsivo a la vista. Pasaron las horas, los días y a los tres meses nació el bebé. Algún día una viejecita le llevó un café en leche metido en una botella tapada con una tusa de maíz y huevos pericos en cacerola «para el pobrecito doctor que trabaja tanto». Regalos que siempre recibió con afecto. No le fue muy bien económicamente, en

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

semana no cobraba la consulta y los sábados y domingos sólo \$40, pero como pocos tenían con qué pagar y el sentido social aprendido en la Universidad Nacional le hacía difícil cobrarle a los pobres.

¿Alguna monja dejó los hábitos por usted? ¡Ninguna! Yo era muy zanahorio pero le puedo contar muchas anécdotas de las monjas. Ellas eran muy queridas pero yo nunca miré a alguna bajo la parte sensual o sexual, no, pero íbamos a fiestas y a toreo, llevábamos brandy, güisqui y jartábamos en la plaza, inclusive había unas monjas que fumaban cigarrillo; por las noches íbamos a casetas y mi novia Nancy nos acompañaba; las monjas se tomaban sus aguardientes y bailaban. Una noche el alcalde sacó a una de ellas a bailar un pasodoble, todos nos metimos a la pista, abrazados para taparlos y que la gente no se diera cuenta, aunque eso no lo criticaban. Guardé una amistad muy grande con ellas pero con mucho respeto. Si hubo una monja que dejó los hábitos por un repartidor de cocacola. Los domingos cuando estaba muy aburrido le decía a la monja más jovencita que me ayudaba en el consultorio, que fuéramos a la tienda y allí nos sentábamos en unos bultos, nos tomábamos un par de cervezas y por allí a la tercera la monjita me decía: «Doctor vamos para el hospital que ya se me están durmiendo los labios», y yo le con-



testaba: ¡Tranquila que no es la única! Otro día en un paseo al que fue un cura que le tiraba los perros a una odontóloga, nos comimos un buen sancocho con unos aguardientes y una monjita se puso roja y congestionada, dijo que tenía mucho calor y se tiró al río con los hábitos y todo, pero no sabía nadar y me tuve que lanzar a sacarla, pero al salir, como el hábito era blanco transparente y ella trataba de asentarla con la mano se le veía todo, fue muy gracioso, la pusimos a secar para regresar al hospital. Lo peor fue que ella había guardado los relojes, cadenas y escapularios de todo el mundo y fueron muchos los que deben estar aún en el fondo de ese pozo, los demás se dañaron y la superiora se puso furiosa pero nunca me dijo nada.

Doctor Barrera fue muy interesante su convivencia entre los hábitos de las religiosas, pero ¿qué otras anécdotas recuerda? Cierta día cuando hacía el examen médico para reclutamiento del ejército un capitán me dijo: ¿Cómo dejó pasar a ese muchacho si le falta el dedo índice derecho y no va a poder disparar? Y le contesté rápidamente, yo pensé que lo podía hacer con el dedo del corazón, pero cuento, era paja, se me pasó. En el pueblito de Jesús María donde el agua era muy mala, se les dañaban los dientes a los muchachos y se los mandaban a sacar todos para esquivar el servicio militar y el capitán los

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

hacía pasar al examen con las cajas de dientes en las manos, daba mucho pesar pues eran muchachos de sólo diez y ocho años. En Suaita todos llegaban a recomendar gente, un día llegó un fulano y nos ofreció un trago para que dejáramos por fuera a un grupo de muchachos, y yo no me iba a dejar imponer eso de modo que comencé a revisarlos y a todos los mandé al ejército y les dije: ¡Ustedes tienen pinta de generales! Daba pesar pero era mi trabajo.

Al terminar el rural regresé a Bogotá, me presenté a residencia en cirugía plástica con otros diez y seis colegas, nos pusieron a hacer comprensión de lectura de revistas en inglés y a describir todas las estructuras de la muñeca en un paciente con un machetazo y ninguno pasamos; el cupo era para John Sanabria que se casó con una judía y los examinadores eran los doctores Cuermann y Coiman.

¿A qué se dedicó entonces? Tenía varias propuestas y escogí irme a la Intercol a Cartagena. Llegué, me encontré con unos amigos, nos tomamos unos tragos y al día siguiente el viaje enguayabado en avioneta hasta Barranca fue mortal. Además, los dispensarios eran una m...dda y los directores decrepitos de modo que no me gustó y me fui a Contratación. Eran 52 km, tres horas y media en jeep pero me gustó

mucho la topografía y todo lo de lepra; le di el sí al doctor Enrique Molina, papá de la doctora Constanza Molina, y como debía ser conservador me nombró el Presidente Misael Pastrana Borrero. Tenía que manejar el sanatorio, los dispensarios, los médicos, todo el personal, hacer las compras, revisar todo, hasta limpiarles el culo a unos caballos viejos que allá tenían y no se podían dar de baja porque no era permitido, tenía que comprar el pasto para los caballos; el vino para el cura y el sacristán, era una vaina rara, sin embargo me parecía muy bueno pues me pagaban \$13,000 y tenía casa médica, jeep y conductor. Trabajé y me quisieron mucho, la gente era *sui generis*. Llegué a Contratación a las diez la noche y todos los profesionales se habían acostado a dormir, nadie me esperó; al día siguiente en el desayuno me presenté. Inmediatamente el directorio conservador me envió una carta citándome a una audiencia, fui y les dije, señores: A mí me importa un culo la política, liberales o conservadores o de la línea dura de Pekín, castristas o de donde sean, yo vengo a trabajar por todos, no por política. Quedaron muy bravos conmigo. Al poco tiempo hubo reunión de los liberales a la que asistí, pero entré en calor al hablar con el jefe y como le dije que no hablaría con él me sacaron de la fiesta. Así quedé libre de compromisos políticos y pude funcionar muy bien.

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

Con las monjas salesianas peleaba porque tenían muchas cosas, manejaban todo y cometían arbitrariedades. La casa tenía catorce monjas y diez y seis empleadas. Llamé a la Superiora y le dije: ¿Esto qué es? Y me acusó ante el Ministerio de Salud que porque yo parecía el mismo diablo y por decir groserías.

Tampoco entré en el negocio de los contratos, habían pintado una pared y cobrado \$5,000, era una fortuna y me dijeron hay que darle tanto al maestro y el director se queda con otro tanto, a lo que respondí, no señor, conmigo no es así. Era el colmo, la junta de compras viajaba a Bogotá una semana con viáticos, compraban los remedios muy baratos en depósitos y a punto de vencerse, inclusive compraban cajas vacías, de modo que un día hice una reunión de junta de compras y les dije: Desde hoy yo hago las compras, no viajaré a Bogotá, que vengan acá los laboratorios a vender. Allí estuve durante 1974 y 1975, año en que me casé con Nancy Sarmiento; ella iba a visitarme y en los compensatorios yo venía a Bogotá. Como Nancy y yo éramos amigos del Presidente Alfonso López Michelsen, porque mi señora hacía parte del Trío Simpatía que frecuentemente le daba serenatas, me mandó a decir que yo qué hacía allá, me trajo para el Ministerio y me cogió el alboroto de la especialidad.

Nancy nació en La Dorada, cantante del Club del Clan y por tanto compañera de Vicky, Claudia, Harold, Christofer, y Oscar Golden\*. Fue la figura femenina del Trío Simpatía por muchos años, inclusive después de casada; periodista con poco ejercicio por su dedicación a los negocios; sin duda alguna, es la mecenas de este cristiano que es católico practicante. Mi esposita siempre me ha acompañado, empujado, regañado y acosado para que esté en los congresos, en la investigación y enseñando para que sea una figura vigente, para que no me duerma en los laureles ¡aun me hace levantar a altas horas...! Es mi compañera de cuitas y mi total apoyo en todo, en especial en la profesión. Las espositas buenas son mucho lo que nos complementan. Con Nancy tenemos como dicen, una sola hija y de esta parroquia, Vanesa. Es abogada de la Universidad de La Sabana e hizo especialización en derecho ambiental en la Universidad del Rosario. Hace un año y medio se casó con un compañero y colega de ella. Hasta hace cinco meses yo era un abuelito estéril, pero ya tengo que tejer y bordar para Santiago, el nieto que me ha de reemplazar y ¿será que me desplaza? Que así sea, amén (Foto 4).

\* Ídolo de la «Nueva Ola», marcó la historia de la balada colombiana al constituirse en el primer símbolo musical autóctono de ese género, falleció en Bogotá a los sesenta y dos años por cáncer de hígado el 29 de agosto de 2008. Nota del Autor).



**Foto 4. Antonio, Nancy y Vanesa**

¿Por qué decidió hacer dermatología, cómo llegó al Federico Lleras y a Fabio Londoño? En 1974 estando en Contratación me mandaron a un Congreso de Lepra en Cali al que fui con Enrique Molina y los de la Campaña de Lepra, y durante el coctel estaban

hablando Lucho Osorio de Bucaramanga, Jorge Humberto Reyes y el doctor Guillermo Gutiérrez Aldana que era el Jefe en la Nacional y me preguntó: ¿Le gusta la dermatología? Contesté, más o menos. Y me dijo: Si le gusta la dermatología pase los papeles. Eso me quedó sonando, de modo que él fue el responsable que hiciera dermatología.

Cuando me casé, el 6 de enero de 1975 invité a Gutiérrez Aldana para echarle cepillo y que me tuviera en cuenta; nos regaló unos cristales muy finos. Del Ministerio me mandaron a la Nacional a hacer Salud Pública, me matriculé, pero ese mismo día me vine caminando al apartamento y le dije a Nancy: A mí no me gusta esa m...dda y nunca fui. Nancy me dijo que habláramos con el Ministro de Salud, Aroldo Calvo Núñez, lo que hice y le dije que me gustaba pediatría y dermatología, me puso a escoger e influido por lo del



doctor Gutiérrez escogí la dermatología. Yo había pasado papeles en el Federico Lleras donde estaba el Maestro Fabio Londoño que era muy áspero para esas cosas, pero lo llamó el Ministro y le dijo que era de parte del Presidente López. Al día siguiente me fui al Federico me presenté al Maestro Londoño y le dije: Yo soy Antonio Barrera y vengo de parte del Presidente ¿Qué tengo que hacer? Y me respondió: «Por lo menos presente una solicitud». De modo que así entré, la gente me miraba como el recomendado del Presidente, pero en esencia yo era un tipo común y corriente venido de San Andrés.

Hacían residencia Lucho Osorio, María Mélida Durán, Alfonso Rebolledo y Benjamín Cohen. Hasta ese año se recibía un residente anualmente, pero llegamos el grupo de los mosqueteros con suficientes méritos y debidamente recomendados: Antonio Barrera, Edgar Olmos, Enrique Suárez (f) y María Bernarda Gáfaro, que había hecho lepra allá mismo, de modo que el Maestro Londoño nos recibió a cuatro y por mucho tiempo fue así. El ingreso de ese grupo grande originó un gran cambio en el servicio. Yo recibía \$3,000 de sueldo del Ministerio, es decir era empleado público. Cuando entré a la residencia los docentes eran Fabio Londoño, Mariano López, Jorge Humberto Reyes que era el cirujano y Rafael Uribe el semiólogo que murieron en este



**Foto 5. Mariano  
López**

año 2007, y el doctor Quintero, encargado de pre-grado; eran tres años de residencia y trabajábamos desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde. El respeto por el Profesor Londoño era total; él hablaba y era lo que él dijera y nada más, todos

quedaban callados inclusive en los ateneos; cuando lo llamábamos a ver los pacientes, bajaba con su gran cigarro botando bocanadas de humo y con su voz inconfundible hablaba y quedaba siempre uno pasmado, aunque con frecuencia le preguntaba a Mariano López (Foto 5): ¿Qué le parece? Mariano era el gran clínico, podía saber más clínica que Londoño y lo llamaban el clínico. El Maestro Londoño nunca nos regañó, era una autoridad especial y grande pero nos trataba con mucho respeto.

Doctor Barrera: ¿Facilitó usted la amistad de Londoño con el doctor López? Sí, cuando nació mi hija Vanesa la bautizamos en el Palacio de San Carlos residencia del Presidente López, y como invité a Fabio Londoño, allí se conocieron e iniciaron una entrañable amistad que se hizo más grande por el golf.

**Del odio al amor, hay sólo un microscopio. Las andanzas del doctor Barrera en España**

Cuando Antonio estuvo en el Federico Lleras, gracias a los buenos oficios del doctor Luis Alfredo Rueda Plata se establecieron rotaciones por Barcelona y disfrutaron de las de cirugía dermatológica los doctores Osorio y Rebolledo. El doctor Barrera viajó a Barcelona con una beca del Seguro Social por seis meses que se prorrogó a un año y con la intención de estudiar cirugía y fotografía. Viajó sólo y cuatro meses después lo hizo su esposa. Llegó al Hospital Clínico de la Universidad Complutense en Madrid bajo tutela del Profesor José Cabré, compañero de Rueda y de Mascaró, que muy atento el primer día lo llevó al recinto de patología y le dijo: «Vamos, que vais a trabajar en esto, este es su microscopio, usted va a hacer patología». Y claro la sorpresa de Antonio lo llevó a exclamar para sus adentros «¡p...! tenía que ser patología». Recuerda que miró el microscopio, lo prendió y comenzó su estudio en gran parte como autodidacta porque su Profesor Cross le decía por ejemplo: «esto es un histiocito y ya vuelvo Barrera» teniendo que coger los libros para poder identificar las estructuras. Después llegó una patóloga argentina formada en Bélgica y con ella seleccionó las mejores láminas del servicio para organizar el archivo y con esto logró una experiencia

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

inigualable. Leía láminas desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde en que pasaba por la oficina del Profesor Cabré a recoger la chaqueta, y siempre le ofrecía una gran copa de vino tinto con la que salía prendido a almorzar. Regresaba a leer las láminas a las cinco de la tarde y terminaba entrada la noche. Como vivía en un hostel a cuatro cuadras del hospital, muchas veces lo hizo también los fines de semana gracias a que por su excelente desempeño y gran entusiasmo, llegaron a darle las llaves del hospital.

¿Como fue el inicio de sus actividad como dermatopatólogo? Al regresar a Bogotá venía con el título de patólogo y recibí en 1979 el de dermatólogo del Federico Lleras. El decano Pedro Russ de la Universidad Industrial de Santander (UIS) me llamó para trabajar allá, pero Londoño me dijo que no me fuera. Le pregunté a mi señora y me dijo: «¡Usted se queda aquí en Bogotá!» ¡Sí miya! Y así fue. El doctor Rueda me tiraba muy duro al comienzo, yo era el escribiente, no me dejaba acercar al único microscopio pero cuando compraron otro comencé a enseñarle a los residentes y terminé en la jefatura de patología cuando se fue el doctor Rueda. También fui Jefe de Postgrado y director encargado por un corto tiempo en épocas de Mariano López. Ahora sí que me gusta el microscopio después

que dije tan malas palabras de él. Cuando regresé a Bogotá, Juan Guillermo Chalela de quien alcancé a ser instructor, quería que me fuera al Hospital Militar y también me invitaron de la Universidad Nacional. Terminé la residencia con Olmos, Suárez y María Bernarda Gáfaró. Después hice el Servicio de Dermatología en el Hospital Lorencita Villegas de Santos, y organicé allí la rotación para los residentes de dermatología del Lleras, de la Nacional, del Militar y El Bosque, y para residentes de pediatría, internos y estudiantes. En el Federico inicié la vida docente en 1979 como Instructor en pre-grado y postgrado donde fui coordinador y posteriormente jefe de dermatopatología y de dermatología pediátrica.

¿De donde vino su pasión por la dermatología pediátrica? Todo se inició cuando hice internado en el Hospital Lorencita Villegas, comí mucha m...dda, harta, tenía turno de las ocho de la mañana del domingo hasta las cuatro de la tarde del lunes y no se podía dormir. Cuando murió Jairo Hernández que también se entrenó en Barcelona y hacía la dermatología pediátrica en el Lorencita, llamaron a Londoño para que indicara a alguien; así, nombraron al doctor Uribe pero estaba de vacaciones y como yo conocía el hospital me ofrecí. Iba los jueves y los sábados, organicé reuniones con los residentes y seis

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

meses después me nombraron dos horas y fui el Jefe del Servicio de Dermatología Pediátrica.

Somos responsables con Mariano López de la creación de la Sociedad de Dermatología Pediátrica. Estuve en el Lorencita desde 1980 hasta 1996. Yo cambié el Seguro Social por el Lorencita y eso fue una tragedia. Casi me sacan de la casa porque en el año 1980 trabajaba con el Seguro Social cuatro horas y me pagaban \$78,000. Un día llegué a la casa muy contento y le dije a mi mujer Nancy: ¡Me nombraron en el Hospital Infantil! «Qué bueno mijo y ¿cuánto le van a pagar?» Bueno, renuncié al Seguro; aquí me van a pagar \$6,000 y me retienen \$2,000. Casi me mata pues cómo iba a hacer ese cambio. Yo le expliqué lo que era el hospital infantil y que además se hacía docencia. En realidad llegué a ganar \$59,000 cuando fui el Jefe, pero a mí me importaba el trabajo, lo que podía entregar a los niños, a la dermatología pediátrica, a la enseñanza, esa era mi satisfacción. Toda mi realización en la dermatología pediátrica fue gracias a esa decisión. Claro que continué con la patología en el Federico pues el volumen de placas para leer era muy grande y además la parte académica era extraordinaria.

En 1992 en el Hotel Bogotá Plaza, nos reunimos los que hacíamos dermatología pediátrica con



Evelyne Halpert que había llegado de México de hacer la sub-especialidad, nos propusimos y creamos la Sociedad Colombiana de Dermatología Pediátrica. Eso causó molestia en algunos pocos colegas de otras ciudades que se enojaron bastante argumentando que fraccionaríamos la dermatología, pero no era cierto ni lo fue.

En 1996 en el Club El Nogal le conté al Profesor Rueda mi idea de crear el Capítulo Colombiano de Dermatopatología, lo que nos llevó a reunirnos con Gersaín Rodríguez, Patricia DeCastro, Luis Fernando Palma, Leonor Molina, Felipe Jaramillo y Ricardo Rueda y lo creamos. Tuvi- mos también un grupo de estudio que se llamó «el queratinocito» del que hacíamos parte Gersaín, Chalela del Militar, Mariano, Dora, Olmos del San José, Suárez de Colsubsidio y yo del Lorencita. Nos reuníamos en las casas para discutir pacientes y revistas, lo hicimos por mucho tiempo y fue muy productivo para la historia de la dermatología, pues fuimos creando las primeras metástasis de la especialidad, es decir, los diversos servicios de dermatología en los hospitales y así no teníamos que hacer siempre todo en el Federico.

El doctor Barrera ha recorrido muchas ciudades del país realizando foros y seminarios para médicos generales, pediatras y dermatólogos, en-

DOCTOR ANTONIO BARRERA ARENALES

señando dermatología y dermatología pediátrica. Hasta hace dos años coordinó el programa de dermatología para estudiantes de pre-grado en la Universidad de La Sabana, donde fue nombrado Profesor Clínico Principal.

En los últimos años y en especial al terminar el período como presidente de Asocolderma (2004-2006), se ha dedicado a vivir aún más con su familia y para sí mismo, pero sin descuidar la vigencia del estudio. Ve con preocupación cómo las nuevas generaciones tratan de vivir otras prioridades que pudieran hacerles olvidar mucho de la dermatología y de su esencia. Su práctica médica actual es muy satisfactoria, sin apuros, y como bien dice «a Dios gracias con reconocimiento de muchos pacientes que consultan por el conocimiento de mi trayectoria o por recomendación de mis colegas muchos de ellos ex-alumnos». También recibe y estudia las biopsias que remiten algunos colegas, eventos que lo hacen delirar solo, y los pediatras lo satisfacen con la remisión de los niños que hacen una buena parte de su consulta.

Doctor Barrera ¿Se siente satisfecho con el ejercicio de la profesión, qué papel juega su familia y cuáles son sus aficiones? La dermatología con tantos temas para estudiar y en el ejercicio mismo me ha dejado una satisfacción plena. Me sien-

to realizado profesionalmente al participar académica, ética y socialmente en pro de la salud de la enfermedad dermatológica, en unión de mi familia que se siente y vive



**Foto 6. La familia**

orgullosa (Foto 6). Mis vivencias profesionales y personales hacen parte fundamental del papel que uno puede cumplir al pasar por este mundo haciendo algún ruido. He tenido la oportunidad y posibilidad de realizar con entusiasmo y mística pequeñas cosas en favor del progreso de la dermatología colombiana, entregándome con dedicación y alegría a la docencia, propendiendo por la buena práctica en el marco de sanos principios médicos. Mi vida ha sido muy hogareña y trato de disfrutar todo con mi núcleo familiar. Tenemos una casa en Melgar a la que vamos periódicamente a expulsar las «toxinas». Nadar, coleccionar algunos chécheres, viajar, gozar con el recuerdo de mis amigos, comer y beber algunos güisquis, me genera mucho placer. He sido y soy algo «mamador de gallo», así me recuerdan en la universidad y otros círculos, y así continuaré.

Cesitar: ojalá estas pendejadas sirvan para algo. Gracias por estar usted en semejante obra. Dios lo recompense y a su familia por todo, y por dedicarse a ensalzar a los colegas y a esta «hormi-



**Foto 7. Antonio Barrera y el autor. Bogotá 2008**

guita», como me llamaban cuando trabajé algunos años en el Seguro Social, no sé si por trabajador, por destructor, por joder tanto a mis amigos, o como buen santandereano, por culón.

En este pasaje nos acompañó mi esposa Danielle un lindo día capitalino; ha sido un diálogo formidable, placentero, ameno, alegre, emotivo, matizado por el fino de humor que brota de la picardía que caracteriza a este hombre encantador, con el que comparto plenamente el sentimiento del disfrute y goce de la vida (Foto 7).